

Visiones de Ortega desde Chile

Hay varias razones —y con ellas varios caminos— para estudiar y proyectar el pensamiento de un filósofo: está el deseo de “dar a conocer” una obra, por otra parte está la de decir lo que se piensa “a propósito” de lo que ha escrito otro y también la de escribir para hacer resaltar la forma como uno mismo se identifica con el autor comentado.

El propio Ortega, a propósito de *Historia de la Filosofía* (Brehier) planteó un símil montaños, diciendo que los grandes filósofos se parecen a las cimas de una cordillera que vemos por encima de las nubes sin adivinar otras cumbres y laderas más bajas que las conectan entre sí. Si no fuera por los escritores que se encargan de señalarnos —como Marcelo González, en esta obra— las conexiones y proyecciones de los grandes montes con el entorno, no podríamos encontrar una explicación coherente a nuestro propio pensamiento.

No debe pensarse que el pensamiento europeo ha penetrado fácilmente en el mundo americano; hay sólo algunos países donde la cultura se ha inclinado en forma evidente hacia lo filosófico, entre éstos, México, Perú, Uruguay, Argentina y Chile. De éstos el interés por Ortega ha sido más visible en México y Chile donde su pensamiento ha ejercido una considerable influencia.

De esa influencia y las coincidencias entre nuestra idiosincracia cultural y el pensamiento de don José, es el tema que trata prolijamente esta obra.

La influencia ejercida se puede considerar de diversas maneras:

- a) Influencia personal, que Ortega ejerció con su presencia en nuestro país en dos oportunidades, regalándonos su palabra, sus ideas y su magnetismo personal, que eran considerables.
- b) Por el trabajo y la enseñanza de sus seguidores: José Gaos y Luis Recasens Siches en México, Manuel García Morente en Argentina y la proyección de su obra hacia el medio americano que hicieron sus discípulos Julián Marias y Xavier Zubiri.
- c) A través de sus obras publicadas, tanto en libros como artículos reproducidos en la prensa chilena.

En México, Gaos y Recasens impulsan la búsqueda de la identidad americana y mexicana principalmente a través de Leopoldo Zea y Francisco Larroyo, en Argentina y Chile hay un importante desarrollo de la pedagogía filosófica con el aporte de García Morente y el contacto personal en España de muchos de nuestros pensadores con Marias y Zubiri, al igual que la presencia en nuestro país de españoles que si bien no fueron directamente alumnos de Ortega, supieron traspasar su saber y su espíritu en nuestras aulas y en sus escritos: tal como Ferrater Mora y Francisco Soler (“La idea de cosa en Heidegger, Zubiri, Ortega y Marx” 1956 y “Hacia Ortega I. El mito del hombre” 1965) que figuran entre nuestros “orteguianos” más importantes.

En Chile, la obra de Ortega ha sido motivo de estudio y comentario por parte de muchos autores nacionales, entre los cuales vale la pena mencionar a Luis David Cruz Ocampo (“La intelectualización del Arte” 1927) quien replica a “La deshumanización del Arte”, Humberto Díaz Casanueva (“Das Bild vom Menschen bei Ortega y Gasset” tesis doctoral 1936), todas obras aparecidas en vida de Ortega. Dos jesuitas publicaron sus obras simultáneamente como fruto de una colaboración intelectual y bajo el título general “Metafísica de Ortega y Gasset”: Hernán Larraín (“La Génesis del Pensamiento de Ortega” 1962) y Arturo Gaete (“El sistema maduro de Ortega” 1962), esto promovió la réplica de Osvaldo Lira (“Ortega en su espíritu”) quien publica el tratado más voluminoso de todos, destinado a establecer que Ortega se detuvo en la Estética y no entró de lleno en la Metafísica.

Luego de estos aportes principales y numerosos artículos, ensayos, trabajos y tesis de

grado sobre diversos aspectos de la obra de Ortega, hace un año se publicó en Chile una obra del entonces Embajador del Japón en nuestro país, Rikiwo Shikama ("Ortega" —Filósofo de las crisis históricas), obra de la cual diré algo más adelante y ahora Marcelo González nos trae "La Razón Vital en la mentalidad social chilena", subtitulada: "El proyecto de José Ortega y Gasset para nuestro país"; esta cuidadosa obra aporta algo que no se encuentra en ninguno de los autores que se han ocupado del tema: la influencia de Ortega en Chile.

Al hablar de "influencias" filosóficas en América y en Chile hay que considerar que el desarrollo de la producción filosófica de Europa está en continuo movimiento y las obras e ideas llegan a nuestro continente con retraso y generalmente en otro orden que el que tuvieron en Europa, consiguiendo un impacto diferente al logrado en su país de origen y al tiempo de su publicación. En el caso de Ortega su influencia se produjo en vida y se reafirmó con su presencia en nuestro país, y la amplia difusión de su obra que continúa hasta hoy; para los chilenos, Ortega habla de problemas que compartimos contemporáneamente.

No hay que creer que los americanos somos solamente "seguidores" de la filosofía europea, personalmente estoy persuadido que estamos requeridos de pensar nuestra realidad por nuestra propia cuenta y que gracias a la forma de la colonización y mestizaje cultural que recibimos de España, estamos capacitados para recibir y absorber la cultura europea, pero no necesariamente a practicarla.

Sin duda que nos une el origen filosófico: el pensamiento griego que se desarrollaba en una situación de "ahora", en una postura de presente, corresponde muy cercanamente a la postura atemporal que más nos caracteriza, esto afirmado por la doble circunstancia de que los americanos pasamos de culturas ricamente míticas a la filosofía, sin abandonar del todo las primeras.

La cuenca mediterránea fue escenario, el escenario para que el "helenismo" se proyectara a lo "romano", quedando un período de acomodo intelectual que incorpora lentamente el cristianismo para iniciar lo propiamente "europeo", recién en el siglo x.

Por su parte los europeos se alejaron de los ideales griegos y desarrollaron una visión filosófica de su pasado en cuanto europeos: el "historicismo" e intentan una proyección hacia el futuro en un pensamiento proyectivo. Ambas perspectivas nos resultan un tanto ajenas.

Usando un símil, "pensar" lo europeo con una mente americana es como hacer pasar luz por un filtro de color, al igual que podemos restarle a la luz blanca parte de su contenido y dejar pasar sólo un color determinado, así también podemos tomar la "luz" del entendimiento europeo y pasarlo por un filtro de color americano y determinar que es lo que efectivamente atraviesa el filtro y llega a incorporarse a nuestra cultura y pensamiento. Naturalmente estoy suponiendo que el "pensamiento europeo" de que nos ocupamos es el que refleja la idiosincrasia europea, no sólo el pensamiento de una persona; y que mido la influencia por lo que se incorpora en general a nuestra idiosincrasia, no lo que aprende un erudito solitario.

Hay pensadores europeos —por importante que sean— cuya "luz" no logra atravesar dicho filtro: Kant y Hegel, entre otros, cuya "influencia" es mínima en nuestro continente, circunstancia favorable para la comprensión rápida de la "razón vital" porque en nuestra América no se acepta aún la "razón pura" que Ortega quiere reemplazar.

Los rayos del pensamiento de Nietzsche, sin embargo, atraviesan y encuentran una recepción amplia y dispuesta de un auditorio que idealiza el nihilismo como manifestación del romanticismo.

Una vez producido el cierre que completó un ciclo filosófico europeo del gótico hasta el romanticismo —ciclo nunca bien comprendido en América— la búsqueda hacia la filosofía contemporánea de los últimos cien años, sí que coincide con desarrollo intelectual de América y de Chile especialmente.

Las "luces" que buscan formas de "comprender" por otras vías que el racionalismo puro, tal como se ofrecen en Bergson, Jaspers, Heidegger y otros, atraviesan nuestros filtros y tienen más empatía y más resonancia con lo americano que el modernismo y el idealismo.

Pero entre todos, el pensador cuya "luz" mejor atraviesa el filtro y más ilumina al americano en general, es Ortega en un triple frente: filosófico, literario y cultural.

El aspecto filosófico se lo dejaré a Marcelo González cuyas ideas y palabras merecen ser leídas en su forma original y no sintetizadas en un Prólogo. Me limitaré a señalar lo que yo mismo veo en este asunto y aventurar algunas reflexiones culturales y literarias que me parece que vienen al caso.

Hay una costumbre equívoca de identificar a los pensadores por una frase, especie de "slogan" de su filosofía; así de Sócrates lo que más se sabe es que dijera "Conócete a ti mismo" frase de buen consejo, que no consta que haya sido dicha solo por él, de Santo Tomás de Aquino: "Todo es como paja" aludiendo a su propia obra, de Descartes "Cogito ergo sum", de Heidegger: "Yo soy yo y mi mundo", de Ortega: "Yo soy yo y mi circunstancia".

La sentencia de Ortega está formulada en términos poéticos y fue dicha, según me parece, solo en una obra de juventud ("Meditaciones del Quijote"); a pesar de que ha tenido más difusión que el verdadero contenido de su obra, la postura orteguiana calza perfectamente con la individualidad exagerada del chileno que, encerrado en un presente atemporal, despojado de todo "historicismo" a la manera hegeliana y sin preocuparse del futuro, pues el "azar" es tan fuerte como la voluntad para nosotros, decir "Mi circunstancia" es proclamar una suerte de independencia de toda coerción social y cultural. Si "mi" circunstancia es favorable para "mis" fines, es señal de que "tengo suerte" y si la circunstancia nos es adversa "será para otra vez".

Como se ve esta interpretación psicológica de la sentencia no corresponde a lo que sugiere filosóficamente, que para interpretarlo en toda su riqueza de contenido hay que separar el significado del primer YO del segundo YO y el MI en tres centros de identidad diferentes.

Se puede decir que el primer YO, proclama nuestra identidad dentro del Cosmos y frente a los demás seres, el segundo YO es el que reflexiona sobre sí mismo y tiene conciencia de su propia existencia, es el YO que proclama la condición humana diferente de la condición de Naturaleza y Mi circunstancia está formada por todo aquello que conozco sensorialmente de lo que me rodea externamente y que fuera propuesto como una realidad integral para el americano por Vasconcelos ("Filosofía Estética"). Es decir, la asentencia orteguiana reconoce simbólicamente al ser humano como un ser complejo, en que confluyen varios elementos: la presencia corporal y la intelectual, la condición existencial y la racional (que origina la "Razón Vital") y finalmente la múltiple relación del individuo con el entorno por el uso de todos sus sentidos y de las imágenes compuestas que éstos le brindan y que originan el arte como expresión esencial del americano.

En esta perspectiva es fácil entender por qué los chilenos se han sentido atraídos hacia la lectura y las ideas de Ortega. Aparte de la excelente condición literaria de sus obras, el estilo "artístico" de Ortega llama poderosamente a la sensibilidad chilena, como también algunas de sus ideas estéticas: el llamado al artista a reconocerse como parte de una elite cuyo adversario es el público, es una realidad claramente conocida para nosotros; el hacer de la obra de arte algo gratuito que el artista "regala" al público, es tan habitual que muchas actividades musicales y literarias no tienen éxito en Chile si no son gratuitas. La concepción europea de la obra de arte como objeto de comercio y de colección, ya fue denunciada por Heidegger ("Holzwege") pero no parece preocupar a los europeos que siguen su carrera de arte materialista en forma impertérrita. Otro tanto por el exagerado mérito que se confiere en América a la disposición o "facilidad" para la expresión artística: el versificador de salón es más apreciado que un poeta metafísico cuyas obras son escasamente leídas, el músico que canta y toca sin saber su arte ha

terminado por originar un nombre que lo identifica en Chile: "cantautor" cuyo campo de actividad son las plazas, los buses de locomoción y "peñas" o lugares de reunión y bebida, generalmente amenizados por artistas que no saben de arte, y ciertamente más populares que las salas de concierto.

Ortega llama en general a desarrollar un arte con "significación" y ésta, como muchas de sus ideas, es usada para justificar posiciones contrapuestas, hay artistas que se identifican con la postura orteguiana del artista como hombre de elite; otros encuentran la justificación del "abstraccionismo" alejado de lo figurativo; otros aceptan la idea del arte como "juego"; y aún otros se ven justificados en una posición irónica en que la obra de arte no tiene valor ni trascendencia. En rigor todas estas ideas pueden encontrarse en obras de diferentes épocas del filósofo, pero no son mutuamente excluyentes, sólo describen las distintas partes de un rico conjunto de personas de sensibilidad, unidas al arte por diferentes razones, pero todas ellas —al pensar americano— necesarias para conservar la estructura total.

Pienso que al leer la obra de Marcelo González, el lector podrá apreciar el fino trabajo de empatía y simbolismo con el cual ha analizado la obra de Ortega para encontrar en ella múltiples hilos que conducen a coincidencias con nuestra psicología chilena. En cierto modo ha ido estirando las ideas para incluir precisiones necesarias y colocar a Ortega como el vocero de lo que el propio González piensa.

Parece oportuno hacer una comparación, aunque sea breve, entre los propósitos y conclusiones de dos miradas críticas sobre Ortega, publicadas casi conjuntamente, me refiero al análisis del japonés Shikama en la obra ya mencionada más arriba y la obra del chileno González que sigue a este Prólogo.

Japón y Chile están unidos por un importante intercambio comercial, el más importante para Chile, y también por una posición geográfica en que el eje Tokio-Santiago atraviesa el Pacífico en diagonal y señala que ambos países tienen un destino común y complementario en ese océano. Pero culturalmente somos dos países enteramente contrapuestos: Chile tiene sus raíces culturales en al escolástica feudal de España y el colectivismo autóctono, mientras el Japón nace del shintoísmo; ambos países, son sólidamente militaristas y se han desarrollado sobre el esfuerzo y la tenacidad; ambos países sacudido telúricamente con frecuencia, generan una actitud hacia la vida diferente de las muelles condiciones de vida de Europa y los Estados Unidos.

Shikama estaba en España en el ejercicio de su profesión diplomática, donde además estudiaba el castellano que maneja con singular maestría, cuando fallece don José Ortega Y Gasset y el diplomático japonés se sorprendió del dolor que ello produjo en el mundo académico e intelectual y se propuso conocer la obra que Ortega había dejado tras de sí. En 1988 Shikama publica en Tokio el primer libro escrito en japonés para explicar a un filósofo de habla hispana y luego de su estadía en Chile publica en nuestro país una obra en la cual analiza a Ortega como un filósofo para tiempos de crisis.

Shikama adopta el concepto orteguiano de crisis como "una situación transitoria en la que se vive en dos sistemas de creencias, sin sentirse instalado en ninguna" concluye que estamos en una época de crisis que se prolonga ya por cien años, "No podemos confiar en nada. Nos hallamos siempre en dudas".

Lo que sostiene puede ser cierto para el Japón que en los últimos cien años ha lidiado con un doble sistema cultural y tecnológico, el cual aún no se decanta. Pero no es la realidad de América ni de Chile. Shikama deriva muchos conceptos de Ortega hacia la explicación de la "crisis" que él percibe, en lo cultural y particularmente en lo social y político, hablando de una nueva creencia que vendría a poner fin a la crisis. Al asegurar que todavía no podemos ni vislumbrar los gérmenes del "Nuevos sistema de creencias", Shikama no espera que sea la instalación de la "razón vital", pues probablemente la "lógica" del actuar japonés esté más dirigido a un finalismo inmediato.

En el análisis de González vemos algo muy diferente, tan diferente que casi se podría estar hablando de dos filósofos diferentes.

Al plantear las bases del racio-vitalismo, González expresa entre otros conceptos algunos cuya relación con la idiosincracia chilena son muy claros y que en sí forman la justificación para las conclusiones de su obra.

Hay que recordar la imagen del chileno como "sub-soleano" según la cual nuestro ethos "surge" de algo que permanece oculto y que al manifestarse adopta la "superficie" de la situación en que se encuentre; por esto las modas culturales, las tendencias artísticas y muchas otras cosas son aparentemente adoptadas por los chilenos, pero ante cualquier remezón éste vuelve a sumergirse en el sub-sole de donde saca su fuerza y su determinación.

Entre diversos conceptos de Ortega, este estudio nos trae algunos que presentan mucha relación a mi visión de "lo chileno". La potencialidad de "fantasear" y la "voluntad de aventura" —motor de mucha actividad chilena— la tendencia a expresar, o más bien reducir, todos nuestros sentimientos hacia lo visual, lo que Ortega llamó "escorzo" que aparece en nuestra expresión cultural, no sólo en pintura, sino en decoración e incluso en la poesía, como es el caso de los grafismas de Huidobro, luego adoptados con entusiasmo por nuestros vates. Lo que en cierto modo se puede deducir de los conceptos de Ortega, aún cuando no está expresado así por el filósofo español, es la estructura paratáctica de nuestra expresión criolla.

Pero tal vez la mejor imagen es la del "arquero", en relación a la proyectiva. Creo que para un europeo, cuya cultura e idiosincracia están sustentadas por un pasado "históricamente" comprendido y que su voluntad está puesta en un futuro previsible, él que está determinado a alcanzar por la perseverancia y la voluntad, la imagen del "arquero" es un símbolo claramente comprensible; pero Marcelo González nos trae un "arquero" un tanto diferente, el que tiende el arco, tensa la cuerda, se apoya en el "sub-sole", en la postura de un puente entre la Naturaleza y lo Infinito... coloca la flecha hacia lo alto y lo lejano... sin saber bien cual es el blanco... dispuesto más bien a aceptar y quedarse con lo que la flecha traspase... es el azar ante el cual se estructura nuestra voluntad, es el "sub-sole" que nos da fuerza y sustento, es la vitalidad que se apronta a disparar un vector que arrastra de una vez nuestras esperanzas y expectativas.

La imagen acumula y ordena muchos rasgos de hombres y mujeres de nuestra tierra, que se "enaltecen en el dolor" como Sísifo.

Sugiere que Chile es el "*Arquero de América*".

ROBERTO ESCOBAR BUDGE